

EN TORNO AL
POSITIVISMO DE COMTE

Elena Castro Ledesma

Después del vigoroso movimiento filosófico de carácter metafísico del siglo XVII, viene un período en el que los pensadores, sin prescindir, desde luego, de una base metafísica, ya que ésta siempre se encuentra subyacente en todo hombre, dejan, sin embargo, de lado los problemas metafísicos para orientar sus preocupaciones hacia aspectos más prácticos como son los sociales y políticos. Interésales ahora la transformación de la sociedad, las condiciones de vida de los ciudadanos, el establecimiento de la justicia, etc., etc. Es el período conocido con el nombre de Ilustración, que desembocará en la Revolución Francesa. Esta y el período posterior del militarismo napoleónico, con sus glorias, pero también con todos sus excesos y miserias que rayan en la anarquía, agotarán a sus gentes, que sentirán cada vez más vivamente el deseo de una Francia unida, de una Francia estable y sólida. Este era el sentir general; pero al momento de definir el camino a seguir para lograrlo, surgían las diferencias. Son tres las principales tendencias que al respecto sobresalen: la de los ultramontanos, la de los eclécticos y el positivismo.

Los primeros, los ultramontanos, encontraban la solución en la vuelta al pasado, a la antigua organización social y a los antiguos valores y creencias. Precisamente, argumentaban: todos los males que en el momento aquejan a Francia son consecuencia de haberse desviado el hombre de su antiguo camino para seguir el marcado por el racionalismo. Este con su fe exagerada en la razón ve a ésta como el único faro orientador de toda actividad humana, prescindiendo de los antiguos valores y creencias. Esto, repito, había acarreado la desastrosa situación presente. Era preciso, pues, restablecer los antiguos valores, el antiguo orden representado por la

monarquía absoluta, las antiguas creencias religiosas, representadas por el catolicismo y la moral cristiana. Representan esta tendencia, o son sus simpatizantes: José de Maistre, Luis de Bonald, Chateaubriand, Lamennais, etc.

Los segundos, denominados eclécticos, están constituidos fundamentalmente por profesores universitarios y van a tener una gran influencia, sobre todo en el reinado de Luis Felipe. La solución que ellos proponen, no representa un sistema original; sino, como su nombre lo indica, una síntesis de los aspectos más valiosos de los grandes sistemas filosóficos anteriores, que habría de servir para conseguir la paz social. Ahora bien, para ello no se puede, como querían los ultramontanos o tradicionalistas, disminuir el papel de la razón, sino más bien utilizarla; pero correctamente. Es, además, una filosofía que trata de resaltar la espiritualidad del alma. Uno de sus representantes, Víctor Cousin, se refiere a la tendencia afirmando que "*esta filosofía es la aliada natural de todas las buenas causas*". En lo político cree que la solución estriba en la monarquía constitucional. Entre sus principales representantes destacan Maine de Biran, Royer Collard, Jouffroy y Víctor Cousin.

La tercera tendencia la constituye el positivismo, cuyo creador y principal representante es Augusto Comte. La solución que propone se basa en la utilización, en el conocimiento de las sociedades, del método científico, cuya validez ha sido probada ya en las ciencias naturales. Sostiene que sólo "*el conocimiento científico de la vida social permitirá organizarla en bien de la colectividad. Fuera de este conocimiento hay, quizá, remedios pero no salud*". Será, pues, con el método científico



co que habrá que construir la ciencia que aún no se ha hecho; pero que hay necesidad de hacer: la sociología; y éste será el camino que permitirá restaurar "el mundo resquebrajado de los hombres".

La escuela positivista se opone así a las dos corrientes anteriores y trae en su apoyo la experiencia de un siglo de éxitos en el desarrollo de las ciencias positivas. Si ahora se utiliza el método científico en los hechos humanos, se espera recoger éxitos similares en la reorganización social. La solución propuesta por los tradicionalistas y ultramontanos, creen los positivistas, es igual que pedir a los hombres que crean en cuentos de hadas. Y en cuanto a la solución de los espiritualistas y eclécticos, piensan que "hablar de verdades eternas es pronunciar palabras vacías y, en última instancia, no decir nada".

La confianza en el método científico y el recomendar su aplicación a los hechos sociales se encuentra ya en las obras de Saint-Simon, de donde Comte extrajo elementos importantes para su sistema, ya que durante algunos años fue amigo y colaborador de este pensador.

Hay quienes creen que el desarrollo del pensamiento de Comte se realiza en dos etapas distintas, una, diríamos, filosófica y otra religiosa. El mismo Comte en algún pasaje de su obra se refiere a estas dos líneas, que según él se suceden sin que por ello impliquen pensamientos diferentes. Y en este sentido están de acuerdo muchos estudiosos de sus obras, que encuentran en ellas un pensamiento unitario. Preocupado Comte por encontrar solución a la anarquía de su época, propone su filosofía positiva, esperando encontrar en ella una doctrina capaz de "unir a los espíritus", pues ello engendrará la "armonía de los corazones" y ésta a su vez conseguirá "la convergencia de las acciones". El positivismo comprenderá, así, dos etapas; en una se logrará toda una serie de conocimientos indiscutibles sobre los "objetos naturales de las ciencias, sus divisiones naturales, los procedimientos que les

convienen, las relaciones que les unen y sus resultados más generales". Provistos de estos conocimientos se está en capacidad de afrontar la tarea de la constitución de una ciencia positiva de la sociedad que tendrá igual validez que la ciencia de la naturaleza, por haberse constituido con los mismos métodos seguros y probados utilizados por esta ciencia. Esta nueva ciencia, a su vez, permitirá un "arte social racional", que ofrecerá el remedio adecuado a los males sociales, del mismo modo que la medicina ofrece el remedio a las enfermedades o males corporales. Considera Comte a las sociedades como entes que evolucionan de acuerdo a leyes semejantes a las que rigen a los cuerpos vivos; de ahí que equipare el arte político al arte médico y postule la aplicación de los métodos de la ciencia positiva a la sociedad, lo que constituye la más esencial característica del pensamiento comtiano. Así, podríamos afirmar que es su preocupación por arreglar o "curar" los males sociales lo que le lleva a la reflexión filosófica. En la evolución de su pensamiento encontramos que es el aspecto teórico, filosófico, el que predomina en sus primeras obras; en cambio, en los últimos años de su vida se acentúa su deseo de acción, lo que le convierte en un profeta social.

Vamos a continuación a referirnos fundamentalmente al aspecto filosófico. Al respecto podemos decir, en general, que el positivismo representa una reacción contra el romanticismo y el idealismo alemanes, movimientos que implicaron un cambio fundamental en la vida de la filosofía. El tiempo que transcurre desde la aparición de la Teoría de la ciencia de Fichte, hasta la muerte de Hegel, son aproximadamente cuarenta años de intensa reflexión metafísica, como pocas veces se había dado. El positivismo surge precisamente en este momento. Ahora bien, prescindiendo de Fichte, que no se interesó mayormente por las ciencias de la naturaleza, los otros representantes del idealismo sí lo hicieron, y escribieron amplios tratados sobre filosofía de la naturaleza. Ahora bien: los contenidos y resultados de estas obras contrasta-

ban grandemente con los de las ciencias positivas, que a partir de su surgimiento con Descartes, Galileo, Képler, Newton, Huygens, etc., entran en un proceso acelerado de desarrollo, recibiendo sus resultados la garantía de la confirmación experimental y obteniéndose de sus enunciados teóricos importantes aplicaciones en el campo de la técnica. Ello traerá, como consecuencia, que las gentes depositaran su fe y confianza en las afirmaciones de los científicos y no en las de los filósofos, quienes por el contrario despertaban cada vez más un cierto sentimiento de desconfianza hacia la filosofía. Todo esto favoreció la aparición y apogeo de la filosofía positivista, en cuanto pasó la época de las grandes y audaces construcciones idealistas. El positivismo se presenta así, en primer y principalísimo lugar, como una filosofía antimetafísica. En este aspecto Comte se siente ligado y se considera discípulo y seguidor de Kant, a quien sólo conocía indirectamente. Kant, en efecto, sostiene un escepticismo metafísico, en el sentido de afirmar la imposibilidad para la razón humana de todo conocimiento metafísico que pretenda ir más allá de la experiencia. Es curioso anotar que paradójicamente Comte se siente discípulo del mismo maestro y espíritu impulsor de los grandes idealistas alemanes, con quienes tanto discrepa. Efectivamente, como Kant, niega la posibilidad del conocimiento de lo *en sí*, es decir, de lo situado más allá de lo físico y experimentable, lo metafísico, siendo únicamente posible conocer los *fenómenos*, en el lenguaje de Kant, o *lo dado*, en la terminología de Comte. De ahí que su recomendación gnoseológica fundamental sea el *atenerse a lo dado*.

El idealismo, frente a la concepción racionalista del hombre que se tuvo en el período de la Ilustración, lo concibe como voluntad y sentimiento fundamentalmente, lo que implica, como consecuencia, una variación también en la creencia tradicional de una sustancial semejanza e igualdad entre los hombres. (Papeles en blanco en el empirismo o como razón en que el depósito de ideas innatas es el mismo, según el racionalismo). Al ser el hombre fundamentalmente acción y sostener el primado de la voluntad sobre la razón, no es tan fácil sostener la creencia de la igualdad esencial. Al contrario, ahora existen grandes diferencias entre los hombres, tanto individual como colectivamente considerados. Ya Voltaire había hablado del espíritu de la nación y Hegel, en su filosofía de la historia universal, del espíritu de los pueblos. De ahí, que surgiera ahora, con el romanticismo, la escuela histórica, que atiende, en todos los órdenes de la cultura, a lo propio, a lo nacional, a lo diferencial, a lo popular,

a lo surgido anónimamente; el folclor, el romance español, los refranes, las canciones, etc., es decir, lo que es producto del alma colectiva más que del sereno y consciente razonar de un individuo.

En este sentido, también la filosofía de Comte es una reacción contra el romanticismo y sus fundamentos metafísicos e ideológicos en el idealismo alemán, y una vuelta a las tendencias universalistas anteriores, es decir, de los siglos XVII y XVIII. Así, tenemos que su visión de la historia humana, la que subyace en su teoría de los *tres estadios*, difiere de las particulares historias de los grandes pueblos o de las grandes culturas o civilizaciones de que hablan Spengler o Toynbee, en la actualidad. Ahora no es un pueblo particular, sino la humanidad en general, la que paso a paso avanza a través de los tres grandes estadios y los diferentes subestadios o fases en que cada uno se divide.

Este avanzar a través de las tres etapas constituye para Comte una necesidad, una ley de la evolución intelectual de la humanidad o ley de los tres estadios, como la denomina.

Toda especulación teórica, tanto individualmente considerada, como tomada desde el punto de vista de la especie, tiene que pasar "sucesiva e inevitablemente" por tres estadios denominados: teológico, metafísico y positivo.

El primero, que comprende la etapa o situación inicial de nuestra inteligencia, se caracteriza por la búsqueda de lo inaccesible, como son los conocimientos absolutos referentes al origen de las cosas, a las causas esenciales de los fenómenos, etc., etc. Las soluciones a estos problemas se presentan de diferente manera, según la fase por la que atraviese el pensamiento teológico, que, en su evolución, pasa por tres etapas necesarias y sucesivas denominadas: fetichismo, politeísmo y monoteísmo. Se realiza en estas etapas un proceso de unificación. En el fetichismo la inteligencia atribuye una vida similar a la nuestra a los cuerpos exteriores. El grado más elevado de esta fase se caracteriza, nos dice Comte, por la adoración a los dioses. Quedan vestigios de esta primera etapa de espíritu, o mentalidad teológica, en la raza negra. En esta fase predomina el instinto y el sentimiento.

La segunda etapa, dentro de la mentalidad teológica, corresponde al politeísmo y se caracteriza por trasladar la vida de los objetos exteriores a seres ficticios e invisibles, a los que se les atribuye el control de los fenómenos naturales y aun los

humanos. En esta fase predomina la imaginación. Afirma Comte que la mayoría de la humanidad no ha salido aún de esta etapa. En ella estarían los hombres de la raza amarilla, así como la parte más adelantada de la negra y las más atrasada de la blanca.

En la tercera fase, la monoteísta, comienza a declinar el estado teológico. Se realiza aquí una simplificación por obra de la razón que restringe a la imaginación, permitiendo que se desarrolle el sentimiento de la sujeción de los fenómenos naturales a leyes invariables. Piensa Comte que en esta etapa permanece la mayor parte de la raza blanca.

El estado teológico fue indispensable para que la inteligencia pudiera salir de su "torpeza inicial" y permitiera así la "preparación gradual de un mejor orden lógico". Fue también "indispensable para la combinación de las ideas morales y políticas". Este estado teológico inicial, dice Comte, "ha sido tan necesario a los primeros pasos de nuestra sociabilidad, como a los de nuestra inteligencia".

De este primer estadio, que corresponde a la infancia de la humanidad, no se puede dar el salto directo al estadio positivo, que corresponde a la virilidad mental. Se requiere, pues, de un estadio que sirva de transición. Esta es la función principal del segundo estadio, el metafísico. Este coincide con el anterior en cuanto a la orientación de las especulaciones hacia los conocimientos absolutos; la diferencia se da en las soluciones, pues ahora los agentes sobrenaturales son reemplazados por "entidades o abstracciones de carácter no ya sobrenatural, sino metafísico". En este estadio domina ya no tanto la imaginación, cuanto la razón, pero independiente de la verdadera observación. Este período pasa también por un proceso de unificación hasta subordinar las diversas entidades a una general: la Naturaleza. Contribuye, en el proceso de evolución de la inteligencia, a un "cierto ejercicio indispensable del espíritu de generalización". Es más bien, nos dice Comte, "una especie de teología gradualmente debilitada por simplificaciones disolventes".

Este estadio transitorio conduce finalmente al positivo, donde se produce una subordinación constante de la imaginación a la observación. En virtud de esto, la inteligencia logra su positividad racional, que se caracteriza fundamentalmente por los siguientes hechos:

- a) Dejar de lado las especulaciones sobre lo

absoluto para concentrar todo su esfuerzo en los conocimientos obtenidos mediante la verdadera observación y que responden a necesidades reales. Es decir, limitar el conocimiento a lo empírico, a los hechos captados mediante la sensibilidad. La regla lógica fundamental en el positivismo afirma "que toda proposición que no es estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho particular o general, no puede tener ningún sentido real o inteligible". Como se ve, Comte habla de hechos generales a más de los particulares; pero limita su valor científico a su conformidad directa o indirecta con los fenómenos observados. Comte mismo resume esta primera y fundamental característica del espíritu positivo de la siguiente manera: "la revolución fundamental que caracteriza la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir, en todo, la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas por la simple averiguación de las leyes, o sea, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados".

Este primer hecho fundamental lo liga con el empirismo; pero un empirismo que, en Comte, a diferencia del positivismo posterior, queda atenuado por atribuir a la razón un papel importante en la adquisición de las leyes generales. Comte estima como una aberración el empirismo que se queda sólo con los hechos observados.

En este primer aspecto del espíritu positivo se ponen de relieve los dos grandes rasgos que caracterizan a toda filosofía positivista, a saber: 1) el rechazo a toda metafísica porque en su indagación del qué y el porqué de las cosas se aboca a tareas imposibles que sobrepasan los límites de la razón; y 2) la imperiosa exigencia de atenerse a lo dado, a los hechos, en toda investigación. Se toma aquí como modelo el conocimiento de las ciencias naturales. Son éstos rasgos que se implican mutuamente y cuenta en ellos la experiencia de la diferencia existente entre las ciencias positivas que han seguido un camino de progreso continuo frente a la metafísica que presenta numerosos sistemas distintos y aun contradictorios. En el positivismo la filosofía se reduce o bien a una reflexión sobre la ciencia—Teoría del Conocimiento, Lógica, o Teoría de la Ciencia— o bien a ser una especie de enciclopedia que sistematiza los resultados de las ciencias particulares. Estos rasgos apuntados no son exclusivos del positivismo; en esto se inserta en una corriente general del pensamiento, aunque el positivismo, eso sí, pone en ellos un énfasis especial.

b) La segunda característica importante del espíritu positivo estriba en la naturaleza relativa del conocimiento. Dijimos que éste, en el estado de madurez que representa el positivismo, debe dejar de lado la búsqueda de lo absoluto, para atenerse a los hechos observados; pero teniendo muy en cuenta que este estudio debe ser siempre "relativo a nuestra organización y a nuestra situación" y no pensar que posee un carácter absoluto. La relatividad del conocimiento no sólo procede de la diferente circunstancia individual, sino también social, por constituir los conocimientos productos sociales que proceden de una evolución colectiva y continua.

c) La tercera característica del estado positivo se pone de manifiesto en el sentido utilitario del conocimiento, que Comte lo presenta como una previsión racional. Si bien la observación constituye un aspecto básico del espíritu positivo, éste no debe reducirse a una "estéril acumulación de hechos incoherentes", aun cuando fueran exactos. Estos hechos son sólo materiales sobre los cuales debe trabajar la ciencia para descubrir en ellos las relaciones constantes que permitirán una previsión racional, que pueda ofrecer una utilidad efectiva. Los conocimientos deben estar orientados a la satisfacción de las necesidades prácticas; lo otro, el buscar verdades absolutas, imposibles de alcanzar, constituye una quimera, una puerilidad.

La célebre afirmación comtiana "ver para prever", es decir, "estudiar lo que es para deducir lo que será", resume esta importante característica que debe estar siempre presente en el verdadero espíritu positivo, según Comte.

Ahora, el conocimiento, a diferencia de lo que ocurría en la Antigüedad no tiene un fin en sí mismo, sino que su finalidad es contribuir al mejoramiento de nuestra condición individual y colectiva; en suma, de servir a la humanidad. Adquiere con esto el conocimiento un carácter de humanismo que se pierde o disminuye grandemente en el positivismo posterior a Comte.

En la concepción del conocimiento como medio para el mejoramiento de la humanidad, se apoya la idea de progreso de A. Comte; la idea que constituyó una creencia general en la cultura occidental decimonona.

d) En su cuarta característica el espíritu positivo arranca del principio de invariabilidad de las leyes naturales, principio obtenido mediante "una lenta inducción gradual, colectiva e individual a la

vez". Este principio va tomando consistencia con los trabajos verdaderamente científicos y además en las mente más avanzadas se va esbozando suficientemente su *extensión universal*, aun cuando no se descubran todavía muchas leyes relativas a gran número de casos particulares.

Hemos anotado los rasgos fundamentales que caracterizan el estado positivo. Ahora bien: cuando la humanidad adviene a este estado, la meta, fin último hacia el cual se enrumba toda su actuación, es el hombre mismo, la humanidad, como la llama Comte. Humanidad en la cual reconoce dos importantes atributos, esenciales y solidarios: la inteligencia y la sociabilidad. El espíritu positivo representa el paso decisivo en la marcha ascendente de la humanidad, que culminará en la realización plena del hombre, tanto en su aspecto intelectual como en su sociabilidad.

La meta de la inteligencia es lograr la unidad de la ciencia. Esta unidad se realiza en virtud del método positivo, por un lado, y por otro, en virtud del hombre, en cuanto todas las ciencias concluyen a un mismo fin: el hombre y la satisfacción de sus necesidades. Así, el hombre da una unidad sistemática a las diferentes ciencias. "De modo, dice Comte, que, en el fondo, sólo se debe concebir una sola ciencia, la ciencia humana, o más exactamente social, que tiene como principio y a la vez como fin nuestra existencia, y en la que se funden naturalmente el estudio racional del mundo exterior, en el doble aspecto de elemento necesario y de preámbulo fundamental, igualmente indispensable en cuanto al método y en cuanto a la doctrina". Cuando todas las ciencias hayan logrado el estado positivo advendrá una "armonía mental", individual y colectiva, que es una de las metas a las que tiende el progreso. Esa "armonía mental", a su vez, traerá el orden. Lográndose así "una satisfacción mucho más completa, a la vez que más real, de esas dos necesidades elementales": orden y progreso. Pero estos aspectos no quedan limitados al campo de lo puramente intelectual, sino que penetran y se plasman en el campo moral, social y político, con lo que se da cumplimiento a la realización de la dimensión humana de sociabilidad. De esta manera los dos aspectos se condicionan mutuamente, posibilitando la constitución de "una completa armonía entre la vida especulativa y la vida activa". Pero al tener Comte como meta final lo social, pone en cierta manera la dimensión teórica al servicio de la dimensión práctica del hombre; pero del hombre no en cuanto individuo sino en cuanto ente social: la humanidad o "el gran ser", como termina denominándole Comte.

Dijimos en un comienzo que el positivismo representa una alternativa de solución a la situación anárquica, a la crisis social, por la que atravesaba Francia. Pues bien, piensa Comte, que la solución verdadera de los problemas de la humanidad y, por tanto, de su país se dará cuando en "activa progresión filosófica" se siga "al final la marcha presentada por la naturaleza propia de la reorganización final, que debe comenzar por realizarse en las ideas, para pasar luego a las costumbres, y en último término a las instituciones".

El primer paso que hay que dar es, pues, en el campo de las ideas. Este paso requiere la universalización del saber positivo que abarca la totalidad de los conocimientos científicos. Para lograr esto es necesario implantar una educación general. Al respecto, piensa Comte, que es la clase proletaria la que está en mejor disposición, más que ninguna otra clase, para el positivismo racional, por poseer la ventaja de no haber sido penetrada por la educación escolástica. Ello la hace menos accesible, que los letrados, a "los sofismas perturbadores". Propugna, así, Comte, una socialización del saber. Para que ello pueda ser llevado al terreno de la práctica, hay que observar ciertos principios didácticos, entre los que es necesario contemplar un ordenamiento de los conocimientos. Ordenamiento que no es indiferente sino que, por el contrario, de su observancia "depende la principal eficacia intelectual o social" para la formación positivista.

Este ordenamiento nos lo ofrece Comte en su clasificación de las ciencias, que pretende ser un reflejo de la estructura de la misma realidad, en el sentido de que las cosas no están yuxtapuestas unas con las otras sino más bien en una relación de dependencia. Así, por ejemplo, lo biológico requiere de lo químico, lo químico de lo físico, etc., etc. Expresando esto que la clasificación de las ciencias sigue un orden de dependencia sucesiva, de modo que cada ciencia se apoya en la anterior y prepara la siguiente.

El criterio básico en el que apoya su clasificación, lo toma Comte de la naturaleza de los fenómenos estudiados desde el punto de vista de su simplicidad y abstracción frente a su complejidad y concreción. Ya que cuanto más simple es una cosa más abstracta es y, en cambio, mientras más compleja es más concreta. De acuerdo con ello la ciencia que ocupa el primer lugar en el ordenamiento es la matemática, la sigue la astronomía, luego la física, a continuación la química, viene después la biología y, finalmente, la más compleja y concreta de

todas, la sociología. Este orden, además, responde a la efectiva formación y logro del estado positivo, desde la más antigua ciencia, la matemática, hasta la más reciente, la nueva ciencia creada por Comte, la sociología, cuyo objeto de estudio, la sociedad, es el más complejo de todos y para cuya cabal comprensión es preciso cimentar sus conocimientos en todas las ciencias anteriores. La sociología constituye, además, "el único fin esencial de toda filosofía positiva", ya que, como Comte afirma, "todo en esta filosofía se refiere finalmente a la humanidad, único concepto plenamente universal".

Anotábamos anteriormente algunas discrepancias del positivismo con el idealismo alemán; sin embargo, encontramos un punto coincidente en su preocupación por la sociedad. Podría decirse que este interés por lo social se convierte en tema filosófico fundamental casi por primera vez en el idealismo alemán. Ya Fichte habló de que sólo somos hombres entre los hombres y Hegel hipostaseaba el alma colectiva de los grandes pueblos. En Comte esta preocupación por la sociedad constituye el sentido de la filosofía positivista como lo demuestra la creación e inclusión de la sociología, que abarcaría lo moral, lo social, lo político y lo económico, en la enciclopedia de las ciencias. Pues, bien, lo característico ahora —a diferencia de las reflexiones al respecto de Platón, Montesquieu, Locke o de Rousseau, etc.— es que la sociedad va a estudiarse no desde un punto de vista moral, de realización de la justicia social, de la libertad ciudadana, etc., que es lo que había preocupado hasta entonces, sino tomando la sociedad como un objeto científico más, en cuyo estudio se utilizarían los mismos métodos empleados en las otras ciencias: física, química, etc. De ahí que Comte habla de una estática y de una dinámica social, a semejanza de lo que se estudia en física.

En las novelas del siglo XIX, en general influenciadas por el positivismo, se destaca un nuevo personaje, el ingeniero, que con su formación profesional contribuye al desarrollo y progreso de la sociedad. (Se ve esto, por ejemplo, en muchas de las novelas de Galdós). Ahora bien; de la misma manera que el ingeniero construye caminos y canales, levanta puentes, etc., el ingeniero social, esto es, el sociólogo, será el encargado de conducir la sociedad. Compartía Comte con los sansimonianos la confianza en que las sociedades, en el futuro, serán regidas por tecnócratas, por ingenieros sociales, como quien dice, más que por moralistas o por políticos a la usanza antigua. En esto Comte es deudor del cientifismo de la época.

Para terminar, cabe aclarar, que si bien Comte es el creador del positivismo, no por eso debe identificarse sin más con él al movimiento positivista que, ocupando un lugar relevante en el campo intelectual de la segunda mitad del siglo XIX, va a proyectar su influencia en el presente siglo. En efecto, al difundirse el movimiento positivista, principalmente por Inglaterra y Alemania, va adquiriendo modalidades diferentes del movimiento original. Conservando aspectos que permiten agruparlos a todos dentro de la denominación de "positivismo",

habrá otros que serán olvidados. Así, muchos de los movimientos positivistas posteriores han rayado en un estrecho empirismo (al que Comte criticaba), en sensualismo, materialismo, etc., etc. Pero, a pesar de la decadencia relativa actual del positivismo frente al auge inicial, sobre todo en algunos países de la cultura occidental, sigue hoy vigente el postulado fundamental de atenerse a lo dado, a la realidad, que se ha interpretado como expresión inicial del gran "giro a las cosas" que caracteriza a la filosofía contemporánea.

